

CRÍTICA

LAURENCE REES

EN LA MENTE NAZI

12 ADVERTENCIAS DE LA HISTORIA

¿Cómo pudieron los nazis cometer los crímenes que cometieron? Rees combina historia y las últimas investigaciones en psicología para ayudar a responder algunas de las preguntas más desconcertantes sobre la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto al tiempo que destaca las señales a las que hay que estar atentos respecto a los líderes actuales.

A LA VENTA EL
8 DE OCTUBRE

MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN

**AUTOR DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS**

Telemáticas 7 y 8 de octubre

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:
Laura Fabregat Farran
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
682 69 63 61 /
lfabregat@planeta.es



SINOPSIS

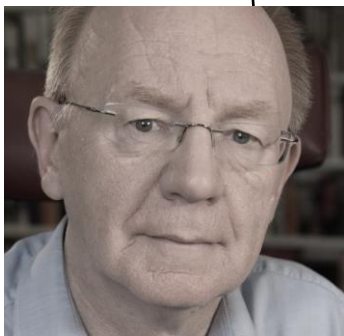
Una innovadora historia que desentraña las motivaciones y mentalidades que subyacen tras los nazis y sus partidarios.

¿Cómo pudieron los nazis cometer los crímenes que cometieron? ¿Por qué los comandantes de los campos de concentración y exterminio supervisaron de buen grado —a menudo con entusiasmo— los asesinatos en masa? ¿Cómo pudieron los alemanes de a pie tolerar la eliminación de los judíos?

En *En la mente nazi*, Laurence Rees combina la historia y las últimas investigaciones en psicología para ayudar a responder algunas de las preguntas más desconcertantes que rodean la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto: cómo y por qué estas personas fueron capaces de cometer el peor crimen de la historia de la humanidad. Para ello, utiliza testimonios inéditos de militantes nazis y de personas que crecieron en el sistema nazi así como profundos conocimientos psicológicos que incluyen trabajos de vanguardia sobre la obediencia, la autoridad y el cerebro. *En la mente nazi* ofrece una nueva y reveladora forma de entender cómo tantas personas pudieron cometer el crimen más atroz del siglo XX.

Rees traza el ascenso y posterior caída de los nazis a través de la lente de las «doce advertencias», desde el discurso sobre «ellos» y «nosotros» hasta la escalada del racismo, al tiempo que destaca las señales a las que hay que estar atentos respecto a los líderes actuales.

EL AUTOR



LAURENCE REES ha sido productor y director creativo de la BBC, en programas de historia y series documentales. Entre sus libros destacan *The Nazis* (1997), *Auschwitz* (Crítica, 2005) y *El holocausto asiático* (Crítica, 2009), todos ellos llevados también a la pequeña pantalla. Sus obras han recibido varios premios, entre ellos un BAFTA, dos International Documentary, un British Book y dos Emmy. En Crítica ha publicado también *Una guerra de exterminio* (2006), *Los verdugos y las víctimas* (2008), *A puerta cerrada* (2009), *El oscuro carisma de Hitler* (2013), *El holocausto* (2017) y *Hitler y Stalin* (2022).

EXTRACTOS DE LA OBRA

«¿Por qué los nazis cometieron crímenes tan horrendos? ¿Qué posibilitó que una gente de una nación culta perpetrara las peores atrocidades de la historia? ¿Qué relevancia tiene este pasado terrible para nuestro presente? Estas son las preguntas que este libro aspira a responder. Pero, aunque esta obra se centra en las mentalidades de los nazis, nunca debemos olvidar el sufrimiento de las personas a las que se esforzaron por aniquilar.»

«Mi primer contacto con un exintegrante de las Waffen SS — la élite de las fuerzas de combate nazis—¹ fue en 1990, en Austria, mientras rodaba un documental para la televisión. Fue una experiencia extraordinaria. Era un hombre inteligente y amable, una persona que no causaba extrañeza que, tras la guerra, se hubiera forjado una carrera como ejecutivo destacado de una compañía automovilística alemana. Pero a lo largo de nuestro almuerzo no tardé en descubrir que, si bien en el presente acertaba a funcionar con pleno éxito, sin embargo, su concepción del pasado era una fantasía. Manejaba una historia alternativa en la que el Tercer Reich había sido una «era dorada»; la guerra no había sido culpa de Alemania; los judíos habían supuesto un «problema» que se debía resolver «de un modo u otro». Los ocho años de encarcelamiento en el Gulag estalinista no hicieron sino reforzar su convicción de que los nazis merecían que los ensalzaran por su empeño de proteger Europa frente al «azote del bolchevismo». Mientras nos tomábamos el café afirmó que había aceptado que lo entrevistara porque admiraba a los británicos, aunque criticó a Churchill por haber cometido el «error terrible» de no formar una alianza con la Alemania nazi, dado que en ese caso «habríamos podido ser los amos del mundo». Desde aquel almuerzo he intentado comprender cómo podía ser que aquella persona, que había recibido una educación cuidadosa, siguiera pensando como pensaba tantos años después. [...] »

«Lo que más ha transformado la manera en que concibo aquellos años ha sido la ocasión de entrevistar a quienes vivieron esa historia de primera mano. Se trata de un privilegio que entre tanto se ha extinguido, pues prácticamente todas las personas que hemos podido investigar y entrevistar durante los últimos treinta años han fallecido ya. [...] »

«Me centro en *avisos* porque no creo que de la historia puedan extraerse *enseñanzas* precisas. En las redes sociales, por ejemplo, es habitual leer que los políticos deberían aprender del nazismo que nunca es adecuado «apaciguar» a una potencia extranjera. Nos invitan a recordar

que Winston Churchill advirtió en contra de apaciguar a Hitler y, por lo tanto, esta estrategia es errónea. Pero la historia no funciona así, pues, aunque es cierto que Churchill no pretendió apaciguar a Hitler, sin embargo, se esforzó sobremanera por apaciguar a Stalin. Cuál sería, en este caso, la enseñanza que deberíamos derivar? ¿Hay que aprender acaso que en determinadas circunstancias puedes apaciguar a determinadas personas, pero no así a otras en otras circunstancias? A diferencia de una enseñanza, que expresa una norma fija, un aviso muestra tan solo una tendencia.»

«Esta historia es importante. En la actualidad muchas democracias viven amenazadas y es útil ser consciente de las técnicas a las que es probable que aquellos que aspiran a la tiranía recurran para subvertir nuestras libertades. Aun así, soy consciente de que este no deja de ser un libro de historia; no aspira a ser un comentario político. Pues sé que sin conocer la historia, no se pueden comprender del todo los avisos.»

«Quizá parezca una perogrullada, pero, según mi experiencia, son muchas las personas que no aprecian en todo su calado hasta qué punto su tiempo y su lugar les hacen ser como son. [...] nuestra mentalidad se determina en parte no solo por la época en la que vivimos, sino también por el lugar en particular en el que vivimos. Esta realidad pude captarla en todo su alcance después de visitar dos de los lugares más significativos del mundo: Jerusalén y Varanasi. Al examinar la influencia que estas ciudades tuvieron sobre Jesús y sobre el Buda, pronto me quedó claro que las palabras y acciones de estos dos gigantes de la religión eran en parte reflejo de los lugares en los que se había dado la casualidad de que vivieron y murieron. »

«En este libro, por primera vez en mi obra, he explorado de qué modo la psicología, como disciplina de estudio, puede ayudarnos a comprender las mentalidades de los nazis. En efecto, diversos aspectos de la neuropsicología y de la psicología social y del comportamiento me han ayudado a comprender mejor la realidad. [...] En particular, el campo relativamente nuevo de la psicología evolutiva me ha resultado de gran valor. »

«También me han sido de utilidad estudios psicológicos recientes sobre varios sesgos cognitivos, tales como la *hipotesis del mundo justo* y el *sesgo de negatividad*. Aunque las circunstancias hayan cambiado desde el tiempo de los nazis, los sesgos cognitivos ya existían entonces tanto como existen hoy. Aun así, he recurrido a este material de una forma moderada y prudente, recordando siempre que este es un libro de historia con apoyos puntuales de la psicología, no una obra de psicología con referencias puntuales a la historia.»

«La estructura del libro es mayoritariamente cronológica, lo que nos permite ver cómo esas mentalidades fueron desarrollándose con el paso del tiempo. He recogido las experiencias de cierta cantidad de testigos — elegidos porque, dentro del Tercer Reich, representan arquetipos—, con testimonios que en buena parte han permanecido inéditos hasta hoy. Este material se enlaza con la historia de personajes tristemente famosos del nazismo como Himmler, Röhm, Heydrich, Streicher, Göring y, por supuesto, Hitler. Ahora bien, no pretendo narrar las biografías completas de estos personajes bien conocidos, sino centrarme en el modo en que sus mentalidades se formaron.»

«Joseph Goebbels también interpreta un papel importante en esta historia, pues fue en gran medida el responsable de lo que él mismo denominó, en los años treinta, la «movilización de las mentes y los espíritus»: el afán por convencer de las bondades del nazismo a cuantos él consideraba alemanes «genuinos».»

«Según demuestra la historia que se examina en este libro, la conducta de la gente fue cambiando a medida que la situación cambiaba. Lo difícil es comprender por qué cambió como lo hizo y cómo podemos aprovechar su experiencia en nuestros días.»

DIFUNDIR TEORÍAS CONSPIRANOICAS

«Los nazis prosperaron empleando diversas teorías de la conspiración y, para convencerse de que estaban en lo cierto, recurrían a los mismos procesos mentales que los teóricos conspiranoicos de nuestros días. La única diferencia es que las teorías conspiranoicas de los nazis sirvieron de base para el crimen más horroroso de la historia: el Holocausto. Muchas de las teorías conspiranoicas que los nazis utilizaron nacieron con la primera guerra mundial. De hecho, sin la primera guerra mundial y la prolongada sombra que proyectó, ni habría habido un Partido Nazi ni Adolf Hitler habría sido canciller de Alemania. Para arrojar luz sobre las mentalidades de los nazis, por lo tanto, es imprescindible comprender cómo aquella primera contienda — la que fue en su momento «la Gran Guerra»— se convirtió en prisma a través del cual muchos de ellos concibieron el mundo y el lugar de Alemania en él. [...] »

«Aunque en los años recientes diversos expertos han sometido a revisión y han contextualizado el entusiasmo con que los alemanes acogieron la guerra en el verano de 1914, pervive el hecho de que, con el estallido de las hostilidades, aquel mes de agosto, muchas personas notaron un sentimiento de unificación. [...] »

«Resulta irónico — dado que la primera guerra mundial todavía se supone que fue, según la concepción pública mayoritaria, un conflicto carente de novedades e imaginación— que aquellos primeros meses de enfrentamiento representaran también una revolución bélica. [...] En 1941, en una conversación privada, Hitler habló sobre la lección que había aprendido en aquella experiencia: «Cuando tomé el camino del frente, en 1914, lo hice con sentimientos de puro idealismo. Luego vi caer en torno de mí a los hombres por miles. Con ello aprendí que la vida es una lucha cruel cuyo único objeto es la preservación de la especie. Cualquier individuo puede desaparecer siempre que haya otros hombres que ocupen su lugar». Ernst Röhm, como Hitler, entendió el auténtico horror que había supuesto la guerra en el frente occidental. De hecho, la experiencia de Röhm fue peor aún.»

«Todos ellos — y los demás que sirvieron en el frente— fueron testigos de una carnicería extraordinariamente espantosa; tan espantosa que desde el presente resulta difícil comprender del todo cómo debió de ser su experiencia. Pensemos por ejemplo en el gigantesco monumento erigido en Thiepval, dedicado a los soldados británicos y sudafricanos que combatieron en el Somme. Conmemora a los más de 70.000 soldados «desaparecidos», cuyos restos no se sabe dónde descansan. Cabría preguntarse cómo pueden «desaparecer» más de 70.000 personas; la

respuesta es que la mayoría de cuantos fallecieron combatiendo en el frente occidental lo hicieron por efecto de la artillería, que los avances tecnológicos habían convertido en tremendamente letal: sufrir el impacto directo de un explosivo de gran potencia equivalía a ser atropellado por un tren lanzado a toda velocidad. Uno «desaparece» porque se desintegra. No solo los futuros nazis fueron testigos de todo esto durante la primera guerra mundial; también los futuros pacifistas, comunistas y socialistas. Pues ni todos los alemanes acogieron la guerra con alegría, ni todos los que prestaron servicio en el ejército alemán se afiliaron luego – ni de lejos- al nazismo.»

«Los nazis odiaban *Sin novedad en el frente*, que se publicó en 1929. Despreciaban a Remarque porque pensaba que el sufrimiento de la guerra había sido inútil. Su perspectiva distaba un mundo del modo en que, más adelante, el Partido Nazi pidió a los alemanes que vieran aquel conflicto. Aunque Hitler viera la vida como una «lucha cruel», sin embargo, creía que morir por la nación era un acto de nobleza; la visión nihilista de Remarque le resultaba abominable. [...] Más de diez años después de que la Gran Guerra terminara, el propagandista nazi Joseph Goebbels generó una publicidad enorme anunciando por un lado su desdén por *Sin novedad en el frente* y por el otro su admiración por los escritos bélicos de Jünger. Estaba librando una batalla por la memoria cultural de la nación, batalla que los nazis estaban resueltos a ganar. Los futuros soldados alemanes debían ir a la guerra imbuidos por la visión de Jünger, no por la de Remarque. Sin embargo, los propagandistas nazis topaban con una dificultad clara: a medida que la primera guerra mundial avanzó, la realidad del conflicto se fue asemejando cada vez más a la que se describía en la novela de Remarque. Muy pronto, en enero de 1915, ya se impuso en Alemania el racionamiento del pan; y no tardó mucho en iniciarse también la búsqueda de cabezas de turco. Como la prensa alemana se atenía a las directrices ofrecidas por los militares — que negaban que el Estado Mayor General hubiera cometido error alguno—, había que buscar otros culpables de lo que estaba sucediendo.»

«La investigación psicológica más reciente revela que este intento de hallar cabezas de turco encaja con un modelo típico. La profesora Karen Douglas, experta en psicología social, cree que como en su mayoría los teóricos conspiranoicos están «buscando a quién culpar», la idea de que «tal gente está moviendo los hilos entre bambalinas» les ayuda a lidiar con sus «sentimientos de inutilidad y desilusión». Los estudios sugieren que «en ocasiones la gente da crédito a las teorías conspiranoicas sobre otros grupos como una forma de proteger o ampliar el propio grupo. Quienes son más narcisistas con respecto a los grupos a los que pertenecen es más probable que tiendan a dar crédito a las teorías conspiranoicas referidas a otros grupos». El Alto Mando alemán, desde luego, manifestó un «narcisismo» muy considerable. Creían ser los militares más excelsos del mundo y, por lo tanto, si estaban perdiendo la guerra... En fin, si la estaban perdiendo, tenía que ser por culpa de otros.»

«Uno de los hombres más respetados del país adoptó esta misma teoría conspiranoica en 1919. El mariscal de campo Paul von Hindenburg había hecho cuanto había estado en su mano para escapar de la culpa que le correspondía por el curso desastroso que la guerra había tomado. La propaganda militar se había esforzado por describirlo como «el héroe de Tannenberg», en homenaje a la victoria que había dirigido en 1914, en el frente oriental. Pero

de las derrotas posteriores apenas se hacía mención, a diferencia de este triunfo inicial. En el marco de una audiencia pública, Hindenburg aprovechó para distanciarse aún más de la humillación sufrida por Alemania el año anterior. Afirmó que durante la guerra había procurado la «cooperación alegre u obligada» de los partidos políticos del país, pero que se había «topado con flaquezas e incapacidad». [...] Con estas palabras Hindenburg causó un daño descomunal a la psique de muchos alemanes. En el caos que imperaba después de la guerra, entre los millones de nacionalistas predominaba el ansia de que una figura de confianza les dijera la verdad. »

«[...] Lo que es peor: según ha señalado la profesora Douglas, la investigación psicológica demuestra que «una vez que alguien cree en algo con gran fuerza, resulta muy difícil modificar esas creencias». Además «cuando alguien da crédito a una teoría conspiranoica, es más fácil que dé crédito a otras o se interese por ellas. Es una vorágine en la que uno puede acabar por perderse un poco».»

«Muchos otros grupos de la derecha, no solamente los nazis, también culparon a los judíos de lo que estaba sucediendo en Alemania. Un día después de que Kurt Eisner proclamara el «Estado Popular de Baviera», la Sociedad Thule — una organización *volkisch* — celebró en Múnich una asamblea en la que tomó la palabra su fundador, Rudolf von Sebottendorff. «¡Hermanos y hermanas! — empezó diciendo Sebottendorff—. Ayer fuimos testigos del hundimiento de todo lo que nos resultaba familiar, querido y digno. En el lugar de nuestros príncipes de la sangre, manda ahora nuestro enemigo mortal: Judea. [...] »

USAR EL «ELLOS Y NOSOTROS»

«Antes de 1919, Adolf Hitler era una especie de inadaptado. [...] Hasta este punto su viaje había carecido de rumbo y de planificación, aunque luego afirmara lo contrario. Más adelante se esforzó por hacer hincapié en que su existencia previa había sido una preparación ideal para su nueva vida como político. Todo encajaba en un patrón, dijo. Afirmó, por ejemplo, que en Viena ya había sido activamente antisemita, antes de la primera guerra mundial.² Esta afirmación, como tantas otras que hizo sobre su propio pasado, era falsa.³ Para Hitler era importante inventar esas ficciones porque la realidad — había sido un *donnadie* vacilante e incoherente— era devastadora y no podía darla a conocer; no cuando él, como líder, consideraba esencial proyectar una imagen de convicción y fortaleza.»

«[...] A finales de aquel verano, cuando Hitler tomó la palabra en un campamento **militar situado en Lechfeld, en el sur de Baviera, empezaron a correr informes que ensalzaban su poderío retórico. Un soldado que le escuchó hablar dijo de Hitler que era «un orador brillante y vivaz, que sabe atraerse a todo el público para que siga su exposición».** Los estudios psicológicos nos permiten explicar el éxito inmediato de Hitler. Aunque él no estuviera al tanto de las razones científicas, había dado con una verdad profunda sobre la forma en la que el cerebro funciona. Al fomentar el odio contra los judíos y bolcheviques, activaba la amígdala: la parte del cerebro que procesa con inmediatez los sentimientos de angustia, miedo y cólera. Son emociones poderosas que se producen casi al instante, porque la amígdala es la encargada de ayudarnos a evitar los peligros repentinos.»

«Según el profesor Robert Sapolsky, experto en neurociencia, «el “Ellos y Nosotros”» es algo que tenemos «programado por medio de la amígdala y nunca nos libraremos de ello». Señala que «se trata de una tendencia neurobiológica mucho más antigua que los humanos. Por lo tanto, lo más pesimista que puedo decir es que resulta prácticamente inevitable que el humano medio esté programado de modo que, con gran rapidez, sienta un impulso poderoso de crear una dicotomía de Ellos o Nosotros, con la tendencia a pensar que “ellos” no son una gente que destaque por ser la mejor. Dicho esto, resulta increíblemente fácil manipular a la gente al respecto de qué cuenta como “ellos” y qué como “nosotros”. Alemania y Hitler son básicamente una lección sobre el enorme poder de la pseudoespeciación». La «pseudoespeciación» consiste en decidir que alguien pertenece a un tipo de «ellos» que es casi una especie distinta de «nosotros». A medida que avancemos en esta historia, encontraremos muchos ejemplos sobre la centralidad de esta dicotomía en el nazismo. De hecho, no sería exagerado afirmar que el Ellos/Nosotros era el núcleo mismo de su ideología. Hitler, sin haber estudiado neurociencia o psicología, intuyó el poder de este enfoque.»

«Hace tiempo que los expertos debaten al respecto de dónde y cuándo desarrolló Hitler por primera vez sus creencias antisemitas. Una cosa está clara: no podemos fiarnos de la información que él mismo dio. [...] El hecho de que cuando Hitler aseveró en su carta a Gemlich que los judíos eran una raza, y no una asociación religiosa, no estuviera exponiendo una idea original no significa que la afirmación no fuera importante. La base de la responsabilidad, en todo Estado que se someta al imperio de la ley, es la culpabilidad individual. [...] al sostener Hitler que los judíos eran una raza, se posibilitaba otra forma de entender las cosas. Se «culpaba» a los judíos en masa; se contribuía a hacer posible el Holocausto, más de veinte años después. Con ello se eliminó en efecto la posibilidad de que las personas con ascendencia judía escaparan a la muerte, ni siquiera si se declaraban dispuestas a renunciar a su religión o demostraban que no habían violado ninguna ley. El mero hecho de que se los categorizara como judíos era suficiente para condenarlos.»

«Como es lógico, dados los horrores que vendrían, en la actualidad buena parte del interés por la motivación de los adeptos del nazismo se centra en la naturaleza y la causa de su antisemitismo. Pero sería un error concluir de ello que el odio a los judíos fue la razón principal por la que los alemanes se acercaron al movimiento nazi. Las pruebas indican que una gran cantidad de afiliados — casi con toda certeza, la mayoría — se unió al partido en la década de 1920 y los primeros años de la década de 1930 por otra razón muy distinta. Confiaban en que Hitler lograría crear una *Volksgemeinschaft*, una «comunidad nacional».»

«Al hacer hincapié en estos pocos conceptos generales — «cristianismo positivo», pangermanismo, antisemitismo, odio hacia Versalles y búsqueda de una *Volksgemeinschaft*— Hitler logró que el atractivo del Partido Nazi nunca dejara de ser simple. Sin embargo, nada de esto habría sido suficiente para conseguir el auge del partido, no sin las poderosas dotes retóricas de Hitler. Su focalización definida como un láser en el «Ellos y Nosotros» y a su visión de la *Volksgemeinschaft* sirvieron pronto para que los nazis tuvieran que reservar espacios cada vez mayores para sus mítines. [...] »

«Kurt Lüdecke, que era un fervoroso nacionalista alemán, describió de forma memorable un discurso de Hitler en 1922. Al principio Lüdecke «estudió de forma crítica [...] a ese hombre

delgado, pálido, con el pelo moreno peinado hacia un lado, que le caía repetidamente sobre las cejas sudorosas». Pero al cabo de poco «mi facultad crítica fue barrida» por la potencia de la retórica de un Hitler que «instaba a revivir el honor y la masculinidad alemanes, con una explosión de palabras que parecían hacer limpieza [...] Experimenté una exaltación que solo podría compararse a una conversión religiosa». Los recuerdos de Lüdecke deben interpretarse con cuidado, no obstante. Pues, aunque afirmaba haber caído «bajo un conjuro hipnótico», arrastrado por la fuerza de la «convicción» de Hitler, la realidad no era exactamente así. Lo que estaba sintiendo era una intensa conexión emocional e intelectual. La conversión de Lüdecke a la causa nazi responde a una condición previa crucial: de entrada, estaba predispuesto a entusiasmarse con Hitler. [...] »

«Después de una guerra perdida, una revolución y un tratado de paz que millones de alemanes consideraban injusto, Hitler no se limitó a dar legitimidad a la cólera que sentían muchos de quienes lo escuchaban; también les ofreció esperanza. Según escribió Konrad Heiden, un opositor al nazismo que estudió el estilo con el que Hitler se expresaba: «Sus discursos son las ilusiones de esta alma masiva [...] Siempre principian con un hondo pesimismo y concluyen con una redención gozosa, un final extraordinariamente feliz y triunfante; a menudo uno puede refutar sus discursos mediante la razón, pero se ajustan a la lógica mucho más poderosa del subconsciente, que ninguna refutación puede tocar. Hitler ha puesto voz al terror sin voz de la masa moderna». Esto solventa en parte lo que parece ser un enigma. Cómo pudo convencer Hitler a veteranos tan distinguidos como Hermann Göring — excomandante del escuadrón Richthofen y figura carismática por sí mismo— para que se unieran al Partido Nazi en los primeros años de la década de 1920, cuando él durante la guerra había sido un simple soldado de a pie? La respuesta es, básicamente, que Göring conectaba con lo que Hitler estaba diciendo.»

LIDERAR COMO UN HÉROE

«[...] Hitler, no solo en el momento mismo, sino en los días posteriores, quedó sumido en una depresión por el fracaso del Putsch. No se antoja probable que estuviera pensando en las implicaciones de elegir a una figura tan falta de sal como Rosenberg para la jefatura del Partido Nazi. A fin de cuentas, ¿cuál era el sentido de preocuparse por el nuevo líder de una organización que parecía a punto de descomponerse y que no tardaría en quedar prohibida? Lo que le angustiaba era que le culparan a él de la debacle, lo que supondría acabar con su carrera política. «Ya he tenido bastante — le dijo a Alois Maria Ott, el psicólogo de la prisión, diez días después del intento de golpe de Estado—. Si tuviera una pistola, la usaría». El desánimo de Hitler es relevante. No solo porque contradice la imagen popularizada por la propaganda — como el documental de 1935 *El triunfo de la voluntad*—, según la cual era un hombre que nunca perdía la fortaleza, tampoco en los períodos de prisión; sino porque pone de manifiesto que la historia podría haber transcurrido de otro modo. Si las autoridades de Baviera lo hubieran querido, Hitler podría haber desaparecido para siempre de la escena política. En aquel momento él no controlaba los acontecimientos, sino que estaba sometido a ellos.»

«Aunque a menudo se atribuye a Hitler un egocentrismo dictatorial, en la práctica era consciente de que debía inspirar a sus seguidores y mantenerlos de su parte. Es habitual cometer el error

— según explica el profesor Alex Haslam, experto en la psicología del liderazgo— de creer que el liderazgo versa sobre «el gran “yo”», cuando en realidad «todo gira siempre en torno de un “nosotros”». Así pues, nadie se convierte en un buen líder porque cumpla con los requisitos de una serie de cualidades personales — plantea Haslam—, sino porque comprende las aspiraciones del grupo que lidera y quiere avanzar hacia a un objetivo común. Hitler lo comprendió bien y, durante el juicio, afirmó que había «resuelto ser el destructor del marxismo», un objetivo común con sus seguidores. Más aún, el hecho de que durante la guerra Hitler hubiera sido un «soldado de a pie» significaba que podía presentarse como uno más de los millones de alemanes corrientes que se habían sentido traicionados por la clase dirigente tradicional. ¿Había acaso alguna prueba más clara de la fuerza del «nosotros» en su imagen? Emil Klein fue uno de los muchos nazis que pensaban que la forma en la que Hitler había actuado durante el juicio había reforzado su reputación: «Yo me dije: “Pues ha salido con bien del problema pero comportándose con decencia delante del tribunal”». Vale la pena destacar que Hitler había cumplido con otra de las cualidades que el profesor Alex Haslam considera deseables para el liderazgo [...]. »

«En la teoría de la autoridad carismática, desarrollada por Max Weber antes de que Hitler se alzara con el poder, este sociólogo alemán defendía que las pruebas de «heroísmo personal» eran uno de los signos de que un líder poseía «un carisma genuino».²⁹ Ya hemos visto aquí que la suma de su historial de guerra más su comportamiento, durante el juicio de 1924, permitió que Hitler afirmara ser precisamente esta clase de héroe. Otro rasgo de enorme beneficio para los líderes carismáticos es la habilidad retórica; y según hemos visto también, esta característica era la más destacada de Hitler. Pero la retórica florida de Hitler no convencía a todo el mundo. El general Otto von Lossow, por ejemplo, se refirió así ante el tribunal a sus conversaciones con Hitler durante 1923: «Al principio, la bien conocida elocuencia de Hitler, siempre encantadora y sugerente, me causó una gran impresión. Es del todo evidente que Hitler acertaba en muchas cuestiones, pero cuanto más lo escuchaba, más se debilitaba aquella primera impresión [...] Me di cuenta de que sus largas peroratas reproducían casi siempre los mismos puntos. [...]»

«Hacia la misma época en la que Goebbels descubrió su amor por Hitler y el nazismo, Heinrich Himmler también decidió, con veintitrés años, entregarse con devoción a la causa. Como hemos visto, Himmler había participado en el intento de golpe de Estado, pero no como nazi, sino con la Reichskriegsflagge de Röhm. Hasta 1924 no pasó al activismo nazi y el fervor por Adolf Hitler. «Es verdaderamente un gran hombre, y por encima de todo, un hombre genuino y puro — escribió a principios de 1924, en su diario de lecturas—. Sus discursos son ejemplos maravillosos de lo germánico y lo ario». Así como la personalidad de Goebbels ya era perceptible en su diario — el sarcasmo, la pasión y el anhelo por el héroe—, la de Himmler se manifestó a través de su activismo en el partido: era quisquilloso y porfiado. «Conocí a Himmler antes de alzarnos al poder — dijo Emil Klein, afiliado del Partido Nazi en Baviera—. Yo nunca podría haber trabado amistad con él. Simplemente porque hay personas que... incluso hoy, cuando veo a alguien por la calle, me digo: “Bueno, ese no es un tipo con el que apetezca ir a tomar una cerveza. Mejor me busco a otro”».

«Por encima de todo, Hitler recordó a sus adeptos que todos formaban parte del mismo «nosotros». Eran una familia. Quizá un familiar no te caiga bien, pero la familia se mantendrá unida a lo largo tanto de los buenos como de los malos tiempos. Y así como los niños deben obedecer a sus padres, los afiliados debían obedecerle a él. La asamblea del 27 de febrero consolidó poderosamente una realidad de la que en el Partido Nazi ya todos eran conscientes: si querían tener éxito, Hitler era una figura vital. A este respecto la debacle del Putsch y su ausencia de la escena política durante 1924 le habían beneficiado. [...] »

«Si Hitler se hubiera mostrado dispuesto a debatir sobre la orientación o las medidas del partido, o a revisar el programa a petición de sus partidarios, esto habría puesto de relieve que estaba abierto a escuchar..., pero también le habría hecho parecer débil. Era, por lo tanto, el opuesto extremo a un político de consenso; y sin embargo, por paradójico que resulte, permitió que sus adeptos tuvieran un margen enorme a la hora de intentar hacer realidad la visión de él. Fue esta combinación concreta la que multiplicó tanto su efectividad como líder, preservando la sensación de que no actuaba como un «Gran Yo», sino como «uno de nosotros». [...] »

CORROMPER A LA JUVENTUD

«Sin la habilidad que Hitler y los nazis manifestaron a la hora de convencer a millones de alemanes de que apoyaran su sueño utópico y racista, aquellos nunca habrían podido alzarse con el poder. Fue un sueño que, como veremos, resultó atractivo para muchos jóvenes. Esto se explica en parte por un hecho psicológico relativo a la forma en la que el cerebro se desarrolla. [...] »

«Durante este período decisivo de los primeros años de la década de 1930, la gente que se sintió más «tentada» a sumarse al Partido Nazi, la que lo hizo en mayor proporción, eran los jóvenes que estaban en la veintena. La naturaleza pseudodarwinista del partido, obviamente, atraía en especial a los más jóvenes y sanos; lo mismo ocurría con el concepto de «corregir los agravios» de una guerra en la que casi ninguno había podido participar por motivos de edad, pero que había arrojado una sombra sobre su infancia.»

«[...] Hacía años que las universidades eran bastiones del movimiento *volkisch* donde el dolor por la pérdida de territorios derivada del acuerdo de paz aún se sentía vivamente. A los estudiantes — que luego lucharon en gran número por la causa nazi — se les decía incluso que tenían el deber de recuperar lo que el Tratado de Versalles había robado a Alemania.»

«Las Juventudes Hitlerianas tuvieron un impacto considerable en la psique de muchos de esos jóvenes, en especial aquellos cuyas familias lo estaban pasando peor en la Depresión. «Nunca me olvidaré de uno que me dijo que era hijo de un comunista — recordaba otro líder de las juventudes nazis—. Toda la familia estaba en el paro y él había vivido toda su vida en una ciudad grande, en Essen. Entonces lo enviaron a un campamento juvenil, de las Juventudes Hitlerianas, y fue la primera vez que veía un bosque. Fue una verdadera experiencia para aquel chico. A mí me emocionó mucho ver que le había impresionado tanto». La devoción de los nazis por la violencia también resultó seductora. Un adolescente de Bernburg (Alemania central) reveló que se sintió atraído hacia el movimiento por el hecho de que «los camisas pardas eran atrevidos [...] luchaban contra los comunistas en las salas de los mítines». Contó que él «odiaba a los

comunistas por encima de todo, porque me los imaginaba como gente sin beneficio, con el aspecto de bandidos, con sus gorras puntiagudas, las manos en los bolsillos, haraganeando en las esquinas entre juramentos. Y en cambio los hombres de la SA, para mí, eran lo contrario a esa chusma». [...] »

«[...] La investigación psicológica nos ayuda a comprender por qué tantos jóvenes fueron vulnerables al mensaje extremo y apasionado de los nazis, y revela también que, al centrarse en la juventud, los nazis optaron por una estrategia muy astuta. La razón principal es que el córtex frontal — la parte del cerebro encargada de regular los impulsos emocionales y de analizar los problemas— no termina de formarse hasta aproximadamente los veinticinco años. «La selección nos ha traído una maduración lenta del córtex frontal — explica el profesor Robert Sapolsky— porque uno tarda mucho en aprender cuáles son las hipocresías de su cultura, cuáles son las excepciones de su cultura, y también en aprender la diferencia entre aquellas leyes que uno debe seguir y las que no, de las que puede hacerse caso omiso; entre las leyes por las que uno puede dar la vida, y aquellas otras leyes contra las que darías la vida». Aunque las facultades críticas de la juventud no se desarrollan por entero hasta mediada la veintena, las partes del cerebro que ansían las novedades y la emoción ya se han formado. Esto puede llevar a que se busquen las emociones más salvajes.»

«Una investigación publicada en 2015 ha demostrado que gran parte de esta propaganda educativa de los nazis funcionó como ellos querían: un trabajo estadístico llegó a las conclusiones de que «los alemanes que crecieron durante el gobierno del régimen nazi son mucho más antisemitas que los nacidos antes o después de este período» y que «probablemente, la [propaganda] más efectiva fue la escolarización nazi, antes que la radio o el cine». La propaganda educativa de los nazis resultó especialmente exitosa cuando halló la manera de «conectar con prejuicios existentes »; los autores del informe sostienen que «esto sugiere que el sesgo de confirmación [la tendencia a favorecer aquella información nueva que es consistente con las creencias propias predominantes] puede interpretar un papel destacado en la intensificación de actitudes hacia las minorías». Con respecto al modo en que se educó a los niños durante el nazismo, era particularmente insidioso que toda la enseñanza se concibiera para que los niños se sintieran bien consigo mismos. Si aprendían que «la corrupción racial es la muerte de la raza», era solo en el contexto de su propia superioridad. [...] »

«Krantz admitió que los recuerdos de aquellos días de escuela eran enormemente placenteros. Le gustaba que «se alimentaba una cierta camaradería» y «se promovía una raza de élite», aunque quiso añadir que en aquella época ella era «apolítica». A pesar de que toda su educación tuvo tintes claramente antisemitas, Krantz defendió que se había opuesto a la persecución de los judíos, en especial a la radicalización que, durante la guerra, llevó al Holocausto. «Te decías: “Y qué podemos hacer?” — recordaba—. Porque, si lo piensas, que una gente tan civilizada como los nazis creían ser, que un grupo de élite pudiera rebajarse a hacer algo como eso... Es algo que ahora, mirando atrás, no podemos entender, ¿verdad?» [...] Le gustaba en particular la claridad con la que Hitler sabía transmitir las ideas a los jóvenes. Recordaba haberle oído decir que solo «la gente muy simple puede ser comunista. Todos tendrían la misma casa y el mismo jardín y los mismos muebles. Pero él dijo que cuanto más se sofisticaba una persona, más pronunciadas serán las diferencias. Y que si tú te esfuerzas más que otro, pues también deberías ganar más dinero». A Rüdiger no le parecía que esto fuera contradictorio con el concepto de la

«comunidad nacional», porque aunque Hitler «favorecía al capital privado », no obstante, aún quería que todo el mundo «hiciera algo por su pueblo».

«[...] Sin lugar a dudas, los diversos grupos juveniles del nazismo, sumados a la educación racista que se impartía en las escuelas de primaria y secundaria, tuvieron un impacto enorme sobre la psique de los jóvenes alemanes durante la década de 1930. Llegados a 1938, algo más de siete millones de niños alemanes de edades comprendidas entre los diez y los dieciocho años (sobre un total de nueve millones) participaban en alguna organización juvenil nazi.»

ACTUAR EN CONNIVENCIA CON LA ÉLITE

«El informe confirmaba que «los sectores de la población que más están padeciendo por las penurias económicas imperantes» eran los que se sentían más atraídos por el nazismo. En esos grupos se incluía no solo «la clase media» y los «pequeños comerciantes y tenderos», sino también «los profesores jóvenes y los estudiantes universitarios». El predominio de partidarios tan jóvenes había dado «un impulso muy singular al movimiento».

«[...] Pocos habrían alcanzado a predecir que aquella SS de finales de la década de 1920 — que no contaba ni con 1.500 miembros— se convertiría en una de las organizaciones más infames del conjunto de entidades del nazismo. Pero desde su lugar de discreción, Himmler tuvo la astucia de percibir que en el movimiento había un hueco que él y su SS podían llenar: el de una unidad paramilitar de élite y ultraleal. Aunque en los primeros años la SS estuvo bajo el mando general del jefe de la SA, Himmler, por el contrario, quería liderar a hombres que abrazaran valores opuestos a los de los matones callejeros e iletrados de Röhm. El lema mismo de la organización, *Meine Ehre heisst Treue* («Mi honor se llama lealtad»), ya establecía una diferencia entre la SS y los camisas pardas. En abril de 1931, después de que la SS intentara proteger la sede central del partido en Berlín frente a los hombres de Stennes, Hitler había escrito que, para un hombre de la SS, «su honor es su lealtad»; y Himmler adaptó la frase y la elevó a máxima de toda la organización.»

«[...] Para crear una unidad de élite, Himmler, como es natural, también aspiraba a atraer reclutas de élite. [...] El proceso de reclutamiento distó de ser normal, pero es una buena muestra de cómo trabajaba Himmler, en dos aspectos. En primer lugar, daba prioridad a la apariencia física. En 1938, por ejemplo, vio a un soldado raso de la SS que le pareció un perfecto espécimen ario. Sin más motivo que la apariencia del hombre, ordenó que, salvo que su historia en la SS lo vetara por algo, lo ascendieran a un puesto más elevado. En segundo lugar, Himmler no solía tener inconveniente en dar una segunda oportunidad a las personas que le parecían válidas. Heydrich, que había abandonado la Marina bajo una sombra de duda, se hallaba en un momento malo y necesitaba ayuda. Himmler estaba dispuesto a ayudar y, al hacerlo, se ganó tanto la gratitud como la lealtad de Heydrich. Y al igual que en el caso de Hitler, la exigencia principal de Himmler era precisamente la lealtad. Sin embargo, no deja de ser sorprendente que Heydrich se uniera a la SS sin sentirse atraído por aquella causa. Es uno de los ejemplos de rapidez más radicales de esta historia, rapidez a la hora de modificar la conducta personal a medida que la situación se modifica. La unidad de inteligencia que Himmler encargó crear a Heydrich se conoció con el nombre de Sicherheitsdienst (Servicio de Seguridad), o en breve con

sus siglas, SD. El SD creció hasta convertirse en una de las organizaciones más poderosas y temidas del Estado.»

«[...] Tras la decepción inicial, no obstante, Hitler y sus colegas comprendieron que habían logrado algo importante: Hitler — no Hindenburg— había pasado a ser el campeón indiscutible de la causa nacionalista, y el resultado no hizo sino reforzar la intensidad del dilema al que Hindenburg se enfrentaba: simpatizaba con quienes deseaban un gobierno nacionalista y autoritario, pero había ganado la presidencia con la ayuda de los socialdemócratas. El líder del grupo autoritario más poderoso del país, por el contrario, le había plantado cara hasta el último momento. Una vez que lo confirmaron como presidente para otro mandato de siete años, Hindenburg tomó medidas radicales. Tras debatir con Schleicher y otros, a finales de mayo de 1932 decidió que el canciller del momento, Brüning, debía abandonar su puesto y que, con él, se renunciaba a los tratos con la socialdemocracia. En realidad, Brüning se había mostrado dispuesto a hablar de una colaboración con los nazis, pero esto no bastó para salvarlo.»

«Más de un tercio de los votantes alemanes se habían decantado por Hitler. En esta decisión quizá interviniera un poderoso sesgo cognitivo. Los psicólogos conocen bien la tendencia, presente en todos, de la *aversión a perder*, por la cual el dolor de perder lo que ya poseemos resulta mayor que la alegría de conseguir un beneficio equivalente. Ese 37 % de alemanes que votaron por los nazis tenían muy presente lo que podían perder si la inestabilidad política continuaba; en muchos casos, en un clima de catástrofe económica, eran más que conscientes de lo que ya habían perdido y tenían miedo a perder aún más. Eran tiempos inestables y ellos deseaban estabilidad.»

«[...] Como buen ejemplo de la arrogancia del grupo podemos destacar a Alfred Hugenberg, un político nacionalista que se había enriquecido como magnate de la prensa. Hugenberg creía que, una vez que Hitler tuviera el título de canciller, se vería inevitablemente moderado por los políticos más refinados, como él mismo. «Lo vamos a encerrar», se jactaba. Franz von Papen no fue menos petulante. Tras el nombramiento de Hitler creyó que podía vanagloriarse de que «lo hemos contratado». Fue trágico. Tanto más porque había indicios de que la fase más grave de la depresión económica no tardaría en quedar atrás. En la conferencia de Lausana, en el verano de 1932, la delegación alemana había logrado defender con éxito su propuesta de acabar con el pago de las reparaciones impuestas por el Tratado de Versalles. Era pues un hecho que Alemania no necesitaba a un canciller nazi para iniciar el camino de la recuperación económica. A la postre, la élite alemana facilitó el acceso de Hitler al poder. Librarse de él, en cambio, iba a resultar mucho más difícil.»

ATACAR LOS DERECHOS HUMANOS

«[...] Hitler y sus colegas encajaban a la perfección en este marco. Pues no solo se daba que sus diversas teorías conspiranoicas resultaban convenientes desde el punto de vista político, sino que esa forma de pensar les permitía imaginarse como los protagonistas de un «punto de inflexión» en la historia. Estaban convencidos de que, antes que ellos, casi nadie había sido más importante. Ellos no vivían vidas corrientes, sino que respondían a un propósito trascendente. Con lo que, si en algún momento dudaban sobre la validez de sus supuestas conspiraciones, entonces toda su concepción del mundo corría riesgo de derrumbarse. ¿Quién puede ser un

héroe épico, si no tiene delante a un enemigo épico? Lo que es aún más llamativo sobre este incidente de la destrucción del Reichstag es que dio pábulo a una doble teoría de la conspiración.»

«[...] Aquella noche se produjo una intimidación al estilo de la mafia. Había quedado clara, aunque implícita, la idea de que los nazis tenían la intención de gobernar durante muchos años y los magnates debían decidir si se subían al tren del nazismo, o no. Los que se quedaran en el andén sabían que la vida se les tornaría, en el mejor de los casos, incómoda. Pero la noche fue más allá de la amenaza directa. También se puso sobre la mesa el interés industrial. En efecto, Hitler estaba prometiéndoles estabilidad y oportunidades de ganar dinero. ¿Qué empresario de los presentes iba a tener nada en contra de eso? El hecho de que se tratara de un régimen resuelto a destruir a sus enemigos y a perseguir a los judíos — pese a que, en aquellas circunstancias, Hitler evitó de forma deliberada cualquier referencia a los judíos— no importaba gran cosa.»

«El 27 de febrero, exactamente siete días después de la reunión de Hitler con los empresarios, se produjo un acontecimiento que resultó de enorme utilidad para los nazis, a la hora de dar forma a las mentalidades de la población alemana: el Reichstag berlinés fue pasto de un incendio intencionado. Hitler, Göring y otros líderes nazis se apresuraron a salir a escena. «El Reichstag arde. ¡Loca fantasía! — escribió Goebbels en su diario—. Pero es cierto. Con Hitler nos lanzamos a la calle de inmediato. Todo el edificio está en llamas [...] Hitler está furioso». Pronto se identificó como único culpable a un neerlandés de veinticuatro años, el comunista Marinus van der Lubbe, a quien se atrapó dentro del edificio mientras el incendio crecía a su alrededor. Pero Hitler, Göring y Goebbels llegaron a la conclusión de que había contado con el apoyo de una vasta conjuración de los comunistas. ¿Acaso no había habido un levantamiento comunista en Berlín, al poco de concluir la primera guerra mundial? Y hacía tan solo un año, ¿no había corrido el temor a una guerra civil entre nazis y comunistas? ¿Qué señal más radical podía darse, para iniciar este conflicto, que hacer que ardiera el Reichstag, el símbolo de la democracia que los comunistas ansiaban derrocar? [...] El día después del incendio, el 28 de febrero, Hindenburg aceptó firmar un decreto que Hitler solicitó, denominado «Para la protección del pueblo y el Estado». En ese momento se eliminaron los derechos humanos básicos de los que el pueblo alemán había gozado durante los años de Weimar. La libertad de expresión, la libertad de prensa, el derecho de reunión, el derecho a la privacidad del correo y de las conversaciones por teléfono: todo se canceló. Esta normativa, que se fue renovando durante todo el período de gobierno de Hitler, fue la base legal sobre la que se levantó buena parte del terror con que los nazis acosaron a sus enemigos interiores.»

«[...] Existe una tendencia a argumentar a posteriori, para crear una conspiración desde los resultados; en este caso, desde la aprobación de la ley que destruyó las libertades civiles de Alemania. El problema es que muchos de los acontecimientos que en nuestra propia vida tienen suma importancia pueden deberse a una causa trivial. Si alguien resbala sobre una acera mojada y se cae al paso de un autobús que lo mata, la causa es trivial, aunque la consecuencia sea catastrófica. Pero nuestra psique tiende a rebelarse contra esta arbitrariedad. En efecto, no parece descabellado imaginar que a aquellos de entre nuestros antecesores que hace muchos miles de años creían que los hechos de más importancia tenían causas de más importancia — pongamos, que los dioses se habían enojado y era preciso apaciguarlos—, les resultaba más fácil

soportar las vicisitudes de la vida, en comparación con quienes simplemente creían que a veces pasan cosas terribles. Descendemos de personas que hallaban un significado donde no lo había.»

EXPLOTAR LA FE

«Adolf Hitler creía ser poseedor de un gran secreto sobre la mente humana. “Tened claro — había dicho en 1927— que nosotros también ponemos la fe en primer lugar, y no el conocimiento. Hay que creer en una causa. Solo la fe crea Estados. ¿Qué motiva a la gente a marcharse a combatir por una idea religiosa? No el conocimiento, sino la fe ciega”. Esta es una de las afirmaciones más importantes de Hitler. No era creyente, desde una perspectiva religiosa, en ningún sentido convencional. Sin embargo, hizo todo cuanto estuvo en su mano para crear un Estado alemán basado en la fe, en el cual la población tuviera «fe ciega»; solo que no en un ser supernatural, sino en él y en el régimen nazi. Hitler también creía saber cuál era la mejor forma de engendrar fe. La clave era dirigirse a las emociones de la gente, no a la lógica. [...]»

«[...]el juramento prestado ante Hitler suponía una obligación permanente, pues «un oficial alemán no quebranta un juramento pronunciado ante Dios». Para muchos, esta manifestación de compromiso emocional con su «Líder» o *Führer* era algo trascendente. El oficial de la fuerza aérea Karl Boehm-Tettelbach dijo que el juramento «me acompañó toda mi vida, hasta el final. Un juramento, en fin, es un juramento [...] Un juramento no lo puedo quebrantar, de lo contrario quizá [tenga que] suicidarme». Es obvio, pues, que representaba, como decíamos, una obligación permanente. Algunas ceremonias de jura — en especial las de la SS— se celebraban de noche, a la luz de antorchas. No se desaprovechaba ninguna ocasión de crear un ambiente espiritual, que hiciera pensar en rituales sagrados. Era así por la voluntad deliberada de generar fe en Hitler, como líder todopoderoso.»

«Hitler asoció todas estas ideas a otra noción adicional. Pensaba que seres humanos, cuando forman grupos numerosos, se emboban. «La receptividad de las grandes masas es muy limitada y su inteligencia es escasa, pero su poder de perdonar es inmenso», escribió. En consecuencia «toda propaganda efectiva» debía ser simple y además repetirse una y otra vez. Su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, compartía este punto de vista. Wilfred von Oven, el edecán personal del ministro, recordaba a su jefe diciendo: «La propaganda es como un convoy que, durante una guerra, debe abrirse paso hasta un objetivo rodeado de una fuerte protección militar: necesita ajustar la velocidad de marcha a la del miembro más lento de la unidad [...]»

«En la base de todo este odio estaba la terrible realidad de los campos de concentración, pero incluso en ellos — al menos durante la década de 1930— hubo intentos de «reeducar» a muchos internos. Para comprender cómo, para los nazis, el terror iba de la mano del deseo de remodelar mentalidades, es necesario tener en cuenta que en este período los campos todavía no eran las fábricas letales que acabaron siendo durante el Holocausto, y entre sus internos aún no predominaban los judíos. Durante los primeros años de poder del nazismo, la mayoría de los internos eran opositores políticos. Aunque el sistema de los campos era brutal, y una minoría de presos fueron asesinados, la mayoría acabó regresando a la sociedad alemana, por lo general después de unos dieciocho meses de encierro. A los guardias de la SS, por lo tanto, les interesaba

intentar «reeducar» a los presos que tenían a su cargo, en buena parte socialistas o comunistas. Para quebrantarles el ánimo se recurría a menudo a métodos crueles, como por ejemplo el hambre canina, los latigazos o las palizas a puñetazos. Pero la SS también utilizó otras técnicas de mayor refinamiento psicológico. [...] Además de «quebrantar voluntades», la SS puso en práctica otros métodos para «moldear» de nuevo a quienes a su entender aún podían aprovecharse como ciudadanos de la nueva Alemania.»

«[...] Aunque acabarían siendo asesinos en los campos de exterminio del este de Europa, es preciso recordar que a Ohlendorf y Six se los incorporó al SD, en origen, debido sobre todo a su capacidad intelectual. No eran, desde luego, matones sin cultura y de gatillo fácil. A Ohlendorf en particular, el profesor Reinhard Höhn — que actuó como «cazador de talentos universitarios» para el SD — le dijo que la unidad de Heydrich «necesitaba intelectos críticos como el suyo.»

«Esta clase de teorías sesgadas, para los intelectuales de la SS, eran por el contrario concepciones inspiradoras; entre otras cosas, porque ellos mismos creían ser integrantes de esa «raza nórdica noble, superior y heroica». Pero también sabían que no podían quedarse sentados a vanagloriarse de su superioridad, pues a su juicio vivían bajo una amenaza demográfica: en particular, la eslava, de los países del este de Europa. Según afirmó antes de la segunda guerra mundial Werner Conze, que más adelante fue nombrado catedrático de la Universidad Imperial de Posen, y que en la Alemania de posguerra gozó de una buena reputación como historiador: «En amplias zonas de la Europa centro-oriental, la superpoblación rural es uno de los problemas políticos y sociales más graves del presente». Esta idea acabó siendo un pilar crucial en el pensamiento de muchos de los perpetradores del Holocausto. Partían de la premisa de que los alemanes eran una nación víctima. [...]»

ELIMINAR LA RESISTENCIA

«[...]La «amenaza de los partisanos» incluía un elemento psicológico potente: cómo se podía confiar en los polacos con los que uno se cruzara, si los civiles quizá estaban preparados para matarte? Era muy preferible — a juicio de muchos de los invasores alemanes — abrir fuego primero y examinar después si la persona que temías que fuera un partisano lo era de verdad. Desde el punto de vista de los oficiales de los Einsatzgruppen, como por ejemplo el SS-Sturmbannführer Helmuth Bischoff, una combinación de estos temores justificaba el asesinato de rehenes.»

«[...]Aunque la guerra se hallaba en su fase puramente inicial, entre las unidades de seguridad alemanas se estaba forjando la creencia de que la resistencia de los civiles — real o imaginaria — justificaba represalias indiscriminadas. Al parecer nadie se molestó en pensar, por ejemplo, que los polacos que se escondían para hacer de francotiradores en Bromberg eran culpables de amenazar a los alemanes, pero no los rehenes a los que se mató como respuesta: estos, probablemente, eran inocentes de todo crimen. Para los Einsatzgruppen todos formaban parte de una misma masa de polacos amenazadores.»

«[...] Desde los primeros días, el régimen nazi había usado eufemismos para ocultar la brutalidad de sus acciones. De los presos recluidos en los campos de concentración se decía que estaban en «prisión preventiva» para posibilitar su «reeducación». Pero tras el estallido de la

guerra, con el incremento en el número de las atrocidades, la cantidad de los eufemismos también se disparó. Hasta la fase del Holocausto, casi todas las acciones poseían un término de camuflaje propio. A los judíos no se los «deportaba», sino que formaban parte de un «reasantamiento»; de las personas a las que se iba a asesinar se decía que recibían un «trato especial». Cuando se había asesinado a 97.000 judíos, cierto informe afirmaba insulsamente que se los había «procesado». El eufemismo más conocido, por supuesto, fue el nombre con el que los nazis designaron el Holocausto: «Solución Final a la Cuestión Judía». Utilizar eufemismos reportaba ventajas evidentes. Según ha señalado Maria Otero Rossi, esto «simplifica» la «posterior negación» de los crímenes.»

«[...]Esta estratagema, en nuestros días, aún facilita la tarea de los negacionistas del Holocausto. Optar por un lenguaje anodino también suponía otro beneficio para los nazis, de mayor profundidad psicológica. En palabras del profesor Albert Bandura, los eufemismos ayudan a los perpetradores a «distanciarse» de sus actos y «despersonalizarlos». Existen incluso pruebas psicológicas de que «la gente se comporta con mucha más crueldad cuando las acciones de asalto reciben una etiqueta saneada que cuando se las denomina agresiones.»

«Las acciones «eutanásicas» también son importantes para comprender mejor las mentalidades de quienes más adelante planearon y pusieron en práctica el Holocausto. En efecto, muchos de los mecanismos psicológicos que se usaron para facilitar el asesinato de los discapacitados fueron empleados más adelante por los asesinos en los campos de exterminio. [...]La invención de la cámara de gas disfrazada de ducha ofrecía aún otras ventajas psicológicas para los asesinos. Cuando se llevaban a los niños para ponerles la inyección letal, había casos de protestas y ruegos, que bien podían afectar emocionalmente a las enfermeras y los médicos implicados. Con el sistema aplicado a los adultos, en cambio, el equipo médico se «ahorraría» los disgustos, a condición de que las víctimas creyeran que iban a ducharse hasta el momento mismo de empezar a inhalar el gas venenoso. Sin embargo, a medida que iban haciendo ese trabajo, no todos los discapacitados elegidos como objetivo por los nazis seguían ignorando cuál iba a ser su destino. A la postre resultó imposible mantener en secreto los asesinatos.»

«[...]La mentalidad de los asesinos de la eutanasia se parecía, en muchos aspectos, a la de los posteriores perpetradores del Holocausto. El rasgo más notable era la poderosa convicción, entre el equipo médico, de que sus actos estaban justificados. Seguían el argumento de Hitler, quien, en una reunión sobre el programa de eutanasia de los adultos, había afirmado que era correcto destruir las «vidas indignas de ser vividas». Para abundar en que no valía la pena vivir esas vidas, dibujó un panorama repulsivo de enfermos mentales que se comían «sus propios excrementos» y dormían en el suelo porque «no paran de hacerse las necesidades encima». Este tipo de retórica facilitaba que los implicados creyeran que estaban matando casi por compasión.»

MATAR A DISTANCIA

No es de extrañar pues que un estudio alemán sobre el tema concluyera que «en lo relativo a la arrogancia, al sentimiento de superioridad moral, a la inventiva en los tipos de tormento y a la falta de límites en el sadismo, no hubo diferencias de género que hablen a favor de las mujeres».

Había mujeres que, habiendo vivido antes vidas plenamente «normales» en la Alemania nazi, pasaron a cometer crímenes terribles cuando tuvieron la ocasión. Es llamativo, desde luego, pero es un modelo que hemos visto repetido a menudo en esta historia, también entre los hombres. Según ha comentado el profesor Zygmunt Bauman, filósofo y sociólogo polaco: «El rasgo más desgarrador parece ser la facilidad con la que la mayoría de las personas se meten en un papel que precisa de crueldad, o al menos de ceguera moral, en cuanto ese papel se halla debidamente fortificado o legitimado por una autoridad superior». Pero en aquel punto, el régimen nazi experimentaba una presión creciente. Los alemanes estaban a punto de descubrir pues qué sucede cuando la «autoridad superior» del Estado empieza a fracturarse y las certezas del pasado se derrumban.

12 ADVERTENCIAS

«Todo es frágil; con frecuencia, mucho más frágil de lo que creemos. Ese es el mensaje central que yo extraigo de mi trabajo. Una y otra vez me he encontrado con personas asombradas por la rapidez con la que su mundo cambió: desde los alemanes devastados por el hundimiento económico de los primeros años de la década de 1930, hasta los judíos húngaros que no podían dar crédito a la rapidez con la que la llegada de los nazis destruyó sus vidas; desde los profesores polacos que llegaban a una reunión de la universidad y de pronto los arrestaban y llevaban a un campo de concentración, hasta los niños alemanes que de pronto vieron la residencia familiar en llamas y cómo abusaban de su madre delante de ellos. Todas estas personas, y otras muchas, me han enseñado cuán frágiles son nuestras vidas y las instituciones que nos rodean. Resulta especialmente inquietante cuando se combina con la constatación de que, aunque por suerte el NSDAP dejó de existir, los valores esenciales del nazismo — el odio, la búsqueda de chivos expiatorios, el antisemitismo, el racismo y el nacionalismo violento— siguen muy presentes entre nosotros. »

«Con esto en mente, recojo aquí doce avisos sobre cómo se puede corromper la democracia, tomados del estudio de este período terrible. Todos se relacionan con los capítulos que, en el resto del libro, llevan el mismo título:

- Difundir teorías conspiranoicas
- Usar el «Ellos y Nosotros»
- Liderar como un héroe
- Corromper a la juventud
- Actuar en connivencia con la élite
- Atacar los derechos humanos
- Explotar la fe
- Dar valor a los enemigos
- Eliminar la resistencia
- Intensificar el racismo
- Matar a distancia
- Atizar el miedo



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

